

EN EL PRIMER CENTENARIO
DE
LA MUERTE DE PEPE-ILLO
(1801-1901)



ROMANCE DE LA DESGRACIADA MUERTE
DE JOSEPH DELGADO (ALIAS HILLO)

EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID
EL DÍA ONCE DE MAYO DEL AÑO DE MIL OCHOCIENTOS Y UNO

PRIMERA PARTE

Aunque con pena y dolor,
Y el alma de angustia llena,
Afligida de quebranto,
Dolorida de tristeza,
Y cuasi titubeando,
Insensata y macilenta,
Quiero ahora en breves líneas
Y doloridas cadencias
Referir á mi auditorio
La más fúnebre tragedia
Que ha sucedido en la corte
De Madrid, donde la Regia
Majestad tiene su asiento,
Domicilio y su grandeza.
En esta Corte famosa
Estaba un hijo de aquesta
Ciudad (su pueblo hispalense),

En donde el recreo era
Deste pueblo sevillano;
Pues su garbo y gentileza
Encantaba con su modo
Y política destreza,
Tanto, que á todas las gentes
La voluntad les granjea.
Y si no dígalo un Cádiz,
Que lo han sentido de veras;
El Puerto, no digo nada;
Y Jerez con mucha pena.
En fin, digo lo han sentido
En todas, todas las tierras
En que á él le conocieron,
Por su garbo y su modestia;
Pues del mucho sentimiento
Es tanta, tanta la pena

Que tiene en sí, que no hay
Ni un alma que no lo sienta,
La muerte tan desgraciada
Que ha tenido; mas me queda
Que pedir, que es el auxilio
De Dios, y su Madre, nuestra
Señora de la Piedad,
Aquella que se venera
En el sitio que le nombran
Del Baratillo, que aquesta
Es devoción que la tuvo
Este tal que aquí se expresa.
Éste fué Joseph Delgado,
Alias Hillo, y es fuerza
Referir cómo su muerte
Ha sido. ¡Oh, quién pudiera
Tener la ciencia de Homero
Para poder componerla!
Mas valido de la gracia
De Dios, y su Madre bella
Señora de la Piedad,
Empiezo de esta manera:
Año de mil y ochocientos
Y uno, según la cuenta,
El día once de Mayo,
Un lunes, según expresa
La carta que yo he leído
De una tal correspondencia
De que ha tenido un amigo
De un hijo suyo, que aquesta
Es verídica, pues él
La escribe con la experiencia
De haberlo visto á sus ojos
Morir. ¡Qué fatal tragedia!
¡Qué pena, dolor y angustia
Sería, ya se contempla,
Á los que lo están mirando!
¡Notable, fatal tragedia!
Vuelvo á decir otra vez;
Pero no sé qué dijera.
¿Qué, entre tanta gente junta
No hubo quien lo socorriera
Á aqueste infeliz mancebo?
¡Válgame la Virgen nuestra,
Que, habiendo él librado á tantos,
No hubo quien lo favorezca!
Y es que estaba allí su fin;
Dios en el Cielo lo tenga.
En fin, voy á declarar,
Por ver si á Dios lo encomiendan
Con tenerlo á él tan presente
Cuando canten estas letras,
Pues mueven los corazones
Aunque sean hechos de piedra,
Esta relación en verso,
El que está, ó futuro venga;
Que algún sufragio tendrá
Tal vez, si acaso se acuerdan;
Que esa ha sido la intención
De este su amigo poeta,
Que por eso lo ha compuesto,
Por ver si alguno le reza
Aunque sea un Ave María,
Y ese más sufragio tenga,
Y más si se alcanza el fin
De imprimirlo en la imprenta;
Y así, escuchen mis oyentes,

Que ya empieza mi cadencia:
Un lunes, vuelvo á decir,
Estando la plaza llena
De gente, entró el despejo
Como se acostumbra en ésta:
Usando de su ejercicio
Con la debida limpieza,
Despejaron luego al punto,
Echando la gente fuera;
Y después los picadores
Á el punto corriendo entran;
Y detrás van los de á pie,
Banderilleros, que eran
Primores ver los vestidos
Y gracia con que los llevan.
Después van los matadores
De espada, con gentileza,
Y el valiente Joseph Hillo,
Como principal cabeza,
Pues es maestro de todos,
Porque por él se gobiernan;
Y llegando hacia el balcón
Adonde está la grandeza,
Usando la cortesía
Que es debida que se tenga,
Se quitaron sus sombreros
Con política agudeza,
Pues es lo que se acostumbra
Entre la gente discreta.
Usan de sus cortesías
Segunda vez; luego llegan
Á el chiquero prontamente,
Y no porque van de prisa,
Y los picadores juntos
Marchan á la corraleja.
En compañía los demás
Les asisten, los que quedan,
Para evitar ocasiones
Peligrosas de que puedan
Redundarse á el que se ponga
De picador á la puerta;
Y poniéndose en su sitio
Con la garrocha puesta
Con la prevención debida,
Con el pañuelo hace seña
El principal que lo manda,
Y al punto el mandato observa;
Resonaron los clarines
Con sus canoras cadencias,
Y, corriendo los cerrojos,
Á el punto salió una fiera
De un toro, y lo recibió
El que está puesto á la puerta,
Y lo despidió de sí
Con valentía soberbia.
El segundo hizo lo mismo,
Y el tercero lo echó en tierra,
Pues que le mató el caballo
Y le echó las tripas fuera;
Y después lo mató Hillo
Con gran garbo y gentileza,
Aunque tuvo una cogida
En la mañana primera,
Mas no fué cosa mayor,
Si le molesta una pierna.
También el llamado Ortiz
Herido salió de veras;

Mas fué aquella propia tarde
De que se jugó la fiesta.
También el Platero fué
Herido, mas cosa tenua:
Pero aunque Hillo cojeaba,
No por eso matar deja.
¡Oh desgraciado mancebo!
¡Oh desgracia tan proterval!
¡Oh, quién le dijera á él
De que en esa tarde mesma
Había de ser fragmento,
Ó víctima de una fiera,
De un toro, que Castellano
Es de Castilla la Vieja!
La divisa era morada,
Y del toro su amo era
Peñaranda Bracamonte,
Y el color la carta expresa
Que era de color muy negro,
Como lo explican sus letras;
Y á el tiempo de ir á matarlo
Tanto se arrestó, que á fuerza
De meterle bien la espada,
Como acostumbraba, queda
La espada á el toro metida,
Y el toro con gran fiereza
Lo ha agarrado de tal suerte,
Que por un vacío le entra
El cuerno, y por el pescuezo
De Hillo lo saca; el cual queda
Por el tiempo de dos Credos
Colgado de su cabeza:
Y después lo despidió
Cadáver. ¡Oh, qué tristeza
Causó! pues sus compañeros
Inmóviles todos quedan,
Atónitos y conflictos,
Sin saber si aquello era
Verdad, pues aunque lo veían
Á su vista, en su presencia,

Con mirarlo por sus ojos,
Les parecía novela
En ver á un hombre que ha sido
En su saber y destreza
La fama de todo el Orbe;
Y si no calle la lengua
De la fama de Benete,
Huevo, Cándido, y Saavedra,
Juan Cosme, y Juan Miguel,
Y Palomo: aunque éstos eran
Diestros, no llegaron nunca
Ni en un ápice siquiera
Á el garbo de Joseph Hillo.
Dios por ser quien es lo tenga
En su eterno descanso,
Siquiera porque siquiera
Fué devoto de la Virgen
De la Piedad, dulce Reina,
Mientras vivió en este mundo
De vida precedera,
Y en Madrid tuvo su fin
En los cuernos de una fiera.
Y con esto Pimentel,
Compositor de estas letras,
Pide á todo su auditorio
Y á todo á quien lo encomienda
Á Dios todo poderoso
Le digan: *Requiem eternam*,
Luego al fin un Padre nuestro
Rezado de todas veras
Por su alma, porque Dios
Le haya dado gloria eterna.
Y en otra segunda parte
Ofrezco al pie de la letra
Declarar los funerales
Con verídica certeza
De su entierro suntuoso,
Pues lo honraron con grandeza
En la corte de Madrid,
Como las cartas lo rezan.

SEGUNDA PARTE

Ya dije en la primer plana,
Noble auditorio discreto,
Que diría las exequias,
Y de su solemne entierro,
Lo que á Joseph lo elogiaron
Dando entero cumplimiento,
Honrándolo hasta su fin,
Fingiendo gran sentimiento
En su desgraciada muerte;
Mas, para poder hacerlo,
Primero á mí me precisa
Pedir la gracia, que espero
De Dios, y su Sacra Madre
De la Piedad, mi consuelo:
Fiado en ambos, podrá
Mi numen, aunque pequeño,
Referir á mi auditorio
Y á questo ilustre congreso
Con la gran solemnidad
De que su entierro le hicieron.
Mas, valido de ambas gracias,
De aquesta manera empiezo:
Y digo en primer lugar,
Para que sepan de cierto,

Como en el doce de Mayo
Del año que dejé expreso
En la antecedente plana,
Después de estar manifiesto
Con la costumbre debida
Á todo difunto cuerpo,
Que son veinte y cuatro horas,
Poco más ó poco menos,
Con muy grande perspectiva
De altar, y muchos hacheros,
De grande iluminación
De panteones obsequios,
Que, aunque fúnebres, esparcen
Alegría sólo el verlos,
Pues causan gran devoción,
Aunque es asunto funesto:
Pues era tanta la gente
Que iba á rezarle y á verlo,
Que se ahogaban, de suerte
Que parecía un jubileo,
Pues era tanto el concurso
De nobles y de plebeyos,
Que toda ponderación
Es poca para creerlo.

Y por la tarde lo sacan
 Con mucho acompañamiento
 De gentes, que le acompañan
 A su funeral entierro,
 Yendo con gran devoción
 Hasta llegar á aquel templo
 Que se llama San Ginés,
 En donde le dan su asiento:
 Y todas las Comunidades
 También le van asistiendo;
 Y todo el Clero también,
 Con gran devoción y celo;
 Y poniéndolo en la Iglesia
 Le entonaron sus gorjeos,
 Cantándole su Vigilia
 Con gran acierto y arreglo:
 Y también grande concurso,
 Y todos sus compañeros
 Le acompañaron también,
 Los cuales iban de duelo,
 Tan afligidos, que era
 Pena grande sólo el verlos,
 Pues con suspiros decían
 Lo que contemplaban ellos,
 Que habían perdido quien era
 Su amparo y su maestro.
 Y después de rematado
 Lo levantan en el féretro,
 Y, llevándolo á su sitio,
 En donde está el verdadero

Palacio que los cristianos
 Hemos de ir sin remedio;
 Mas que las Aves Marías
 Que por su alma recemos
 Los que quedamos acá,
 Que esa obligación tenemos,
 Que mañana puede ser
 Que nos suceda lo mesmo;
 Que en el día del Juicio,
 Después que resucitemos,
 Recibiremos el pago,
 Teniendo doble por premio.
 Dios por su gracia nos dé
 La gloria que acá queremos,
 Y nos perdone las culpas;
 Que, poniendo acá los medios,
 Nos perdonará de suerte
 Que gocemos de su Reino.
 Y con esto Pimentel,
 Compositor de estos versos,
 Pide con mucha humildad
 Que recen un Padre nuestro
 Por su amigo Joseph Hillo,
 Y le perdonen los yerros
 Que hayan tenido sus letras,
 Pues contempla son inmensos;
 Mas, como discretos, todos
 Suplirán de su concepto
 Las rudezas que tuvieron
 Los defectos de sus versos.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de D. Luís de Ramos y Coria, plazuela de las Cañas.

Á LA SENTIDA MUERTE
 DEL FAMOSO LIDIADOR PEPEILLO

Al magnífico sol esplendoroso,
 Que deslumbra con fuegos de amaranto,
 Sucede de la noche el negro manto,
 Tinieblas y quietud, mudo reposo.
 Así ayer Pepeillo, el más famoso
 Lidiador, con destreza y valor tanto,
 Colmaba el entusiasmo con su encanto,
 Rindiendo al jarameño poderoso.
 Pero ¡ay! que en la horrible acometida
 Del primer Bracamonte aquí estrenado
 Le costó al infeliz perder la vida,
 Dejando á todo el mundo consternado;
 Y el júbilo y aplauso ruidoso
 Se trocó en un silencio pavoroso.

M. J. QUINTANA.

En el presente 11 de Mayo de 1901 se cumple el primer centenario de la muerte del célebre lidiador sevillano José Delgado y Guerra, alias *Illo*, que tanta fama y popularidad alcanzó en los últimos años del siglo XVIII.

Delgado nació en Sevilla el 14 de Marzo de 1754, y se bautizó en la parroquia del Salvador, habiendo noticias de que ya en 1770 tomó parte en algunas fiestas de toros celebradas en Córdoba.

Su renombre como lidiador llegó al más alto grado en su tiempo, no quedando apenas plaza de toros de las que entonces existían en España en la cual no trabajase José Delgado. Las cogidas que durante su vida torera sufrió *Pepe-Illo* fueron muchas; pereciendo al fin, como es sabido, la tarde del 11 de Mayo de 1801.

La muerte del diestro sevillano produjo honda sensación en España, y á raíz de ella se publicaron varias relaciones, y multitud de láminas sueltas, entre las cuales es sin duda una de las más curiosas la que figura en este papel, así como el romance descriptivo de Pimentel que reproducimos, publicado en Córdoba en aquel mismo año de 1801, y el soneto que corre manuscrito con la firma M. J. Quintana; si bien es muy aventurado decir que se debió á la inspiración del gran poeta.

Publicóse esta hoja á expensas del Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T. Serclaes, y fué impresa en la Oficina de E. Rasco, Bustos Tavera 1, Sevilla, el día 11 de Mayo de 1901, primer Centenario del fallecimiento del diestro.